

Cuentos chinos

La reacción visceral del movimiento ecologista contra el último documental de Michael Moore, que denuncia las mentiras del capitalismo verde, es una nueva prueba más del papel instrumental de un movimiento que desde hace décadas ha asumido un mensaje apocalíptico típico de la religión judeocristiana de las sociedades que lo apoyan. Un movimiento que, justo antes de iniciarse la pandemia del Coronavirus, estaba pidiendo abiertamente que se censurase a quienes cuestionen el dogma del apocalipsis climático; había -hay- incluso quienes piden tratamiento psiquiátrico para quienes nos negamos a tragar semejantes piedras de molino.

Es necesario subrayar que Moore no cuestiona en absoluto el dogma apocalíptico de la religión ecologista: lo único que hace es denunciar que las llamadas ***"energías renovables"*** no son más que una estafa, un instrumento al servicio del gran capital para financiar la reconversión de la estructura económica y productiva occidental. Este plan tiene nombre, **New Green Deal**, y cuanta con el apoyo de BlackRock, el mayor tiburón de Wall Street, que anunció a finales de 2019 que impondría el dogma apocalíptico a todas las empresas en las que participa; que son, dicho sea de paso, todas las que juegan un papel destacado en occidente: en España, sin ir más lejos, BlackRock, nombrada responsable por la Reserva Federal de EEUU de gestionar el paquete de rescate de la bolsa, es accionista de empresas como Ibredrola, Enagás, BBVA, Caixabank, el Banco Santander, Telefónica, Ferrovial... No estamos hablando de jóvenes rebeldes que luchan por un futuro mejor, sino de la crema y nata del capitalismo occidental, cuyo interés se centra en lograr beneficios, a costa de lo que sea. Quien piense que el capitalismo se ha convertido en un defensor de los intereses de la humanidad igualmente puede creer que un tigre puede volverse vegetariano. Con nosotros que no cuenten para creer en semejantes estupideces. Y menos ahora que, cuando se avecinan profundos recortes de los restos del (mal) llamado "estado del bienestar", la UE se deja asesorar por BlackRock para la puesta en marcha del ***Acuerdo Verde Europeo***, una vía para dar aún más subvenciones al gran capital después de las recientes inyecciones financieras.

La religión ecologista es otro ejemplo de como desde el poder se ha logrado desactivar a la gran mayoría de la izquierda "radical" y ponerla al servicio del sistema. Un ejemplo perfecto es el Movimiento Libertario, que ha pasado a apoyar (por activa o por pasiva) a nacionalismos supremacistas, pedir intervenciones del imperialismo occidental en Oriente Medio, difundir sin pudor nada menos que la aceptación de la pobreza, camuflada con el nombre cool de ***decrecimiento***, o apoyar de manera activa las movilizaciones "en defensa del clima". Lo que antaño era un movimiento dotado de una filosofía y visión radicalmente opuesta e incompatible al sistema capitalista, se ha transformado en un altavoz de la ideología que transmiten los portavoces del capital: basta comparar las ideas y luchas que se apoyan con las que son apoyadas por El País para darse cuenta de que la diferencia es de forma pero no de fondo. Estamos sufriendo otra travesía del desierto.

¿Decrecimiento o revolución?

Extraído de Lucha Internacionalista

[Este artículo critica, desde una perspectiva marxista, la tesis del decrecimiento propuesta por Taibo, Amorós y otros popes de la izquierda posmoderna actual. ¿Consumir menos para vivir mejor? Algunos ya tenemos sueldos francamente decrecidos. ¿Y por qué no decrecer los beneficios a nuestros empleadores?]

1.- ¿El crecimiento como motor de la economía capitalista?

Los autores que defienden el decrecimiento parten de identificar el crecimiento como motor/objetivo del sistema capitalista. Así lo define Carlos Taibo: ***"La visión dominante en las sociedades opulentas sugiere que el crecimiento económico es la panacea que resuelve todos los males."*** **(1)** O como sugiere Raúl García-Duran ***"El capitalismo ha adoptado el crecimiento como "norma de conducta"*** **(2)**. O aun más cuando se pone el norte en el consumismo, como explica Luís González, al fijar el ***"incremento constante de la acumulación individual"*** como la premisa sobre la que se basa el sistema económico **(3)**.

Efectivamente, los discursos de los economistas y políticos capitalistas afirman buscar el crecimiento, y también permitir una mayor acumulación de bienes para cada individuo.

(sigue en la página 2)

(viene de la primera página)

Pero lo esencial es definir lo que realmente mueve la economía capitalista. Al capitalista no le importa desarrollar o destruir producción si con cualquiera de las dos acciones genera beneficio, porque es éste y no cómo conseguirlo lo que mueve su economía. Tampoco le preocupa la cantidad mayor o menor de bienes que queden en manos de la gente en sí misma: si desarrolla el consumismo es tan sólo como un medio para ampliar sus ventas y beneficios; pero de nuevo, ante situaciones de caída de venta de su producción, destruirá una parte de la misma antes que entregarla para satisfacer necesidades, pues el objetivo es preservar la tasa de beneficio, no el aumento del consumo en sí.

En periodos de desarrollo, la forma normal de obtener este beneficio es la ***"reproducción ampliada de capital"*** que analizaba Marx, que supone un incremento constante de la producción. Pero no siempre es así. Hemos vivido la aplicación de los acuerdos de la UE sobre las cuotas de producción en el sector primario, con subvenciones por vaca sacrificada o por hectárea abandonada, acompañadas de un discurso ***"ecologista"*** sobre la recuperación de hectáreas de bosque. De nuevo la pregunta era: ¿crecer a toda costa como objetivo o mantener el margen de beneficio? Y la respuesta es sin duda la segunda.

En épocas de crisis como la actual, el discurso dominante es la reducción drástica de la producción, con cierres de fábricas y despidos masivos, y ya no digamos cuando nos empuja a guerras. El capitalismo ha salido de las crisis profundas o estructurales con una enorme destrucción de fuerzas productivas. Si un patrón debe optar entre el crecimiento de la producción (más consumo para la población) y el crecimiento del beneficio, no dudamos que decrecerá la producción y pedirá al consumidor que se ***"apriete el cinturón"***.

Esa falsa identificación de *'capitalismo = crecimiento o mayor consumo individual' lleva a la fácil pero equivocada conclusión de que 'anticapitalismo = decrecimiento'*. Pero ese enfoque –como veremos más adelante- desarma la resistencia contra los planes de destrucción de puestos de trabajo y de capacidad productiva de las fábricas que impulsa el capitalismo en épocas de crisis como la actual, o sirve para justificar los recortes salariales que la patronal intenta imponer.

2.- ¿Vivimos por encima de nuestras posibilidades?

Hay una segunda afirmación sobre la necesidad de empezar un decrecimiento, al menos en los países imperialistas, que es la siguiente: ***"reducir la producción y el consumo porque vivimos por encima de nuestras posibilidades, porque es urgente cortar emisiones que dañan peligrosamente el medio y porque empiezan a faltar materias primas vitales"***. **(4)**

Podemos acordar en la necesidad de exigir medidas para limitar las emisiones contaminantes y que reduzcan el consumo de materias primas. Pero ¿realmente vivimos por encima de nuestras posibilidades? El problema de las generalizaciones –como el de las medias estadísticas- es que reparten el consumo entre todos por un igual. Y esta formulación, así expresada, elimina sustancialmente las diferencias de clase, y entre imperialismo y pueblos semicoloniales. Para nosotros el problema es que unos consumen mucho mientras otros, por el contrario, pasan hambre o precariedad.

Los jefes de las mayores empresas del mundo (BlackRock, Apple, etc.) se presentan como salvadores del mundo (Hamdelszeitung)

Para la mayoría de la población y de los pueblos del planeta lo que se impone no es el despilfarro, sino las terribles hambrunas y enfermedades que empujan a millones a la inmigración poniendo en riesgo sus vidas. La respuesta de los decrecentistas es que se debe hablar de desarrollo y no de crecimiento; pero la realidad es que sin un crecimiento real del consumo en muchas vertientes, esta población está condenada. Y ahí no vamos a hacer nosotros la lista de lo que sí pueden tener y lo que no, pero más adelante volveremos sobre este tema. Serán los propios pueblos y trabajadores/as quienes, rompiendo con la dependencia del imperialismo y las multinacionales, puedan definir cuáles son sus propias necesidades y cómo cubrirlas.

Pero hay una segunda parte de ese razonamiento que se aplica a los países imperialistas. En el informe anual sobre Protección e Integración Social del Ejecutivo comunitario, marzo del 2009, se constata que el 24% de la población del Estado español vive en la pobreza o tiene un grave riesgo de caer en ella. Esta terrible situación de deterioro es consecuencia de que en los últimos años la parte de riqueza que se queda el trabajador no ha dejado de decrecer pasando a manos del capital. Entre los trabajadores –particularmente entre inmigrantes y jóvenes- se ha precarizado al extremo el empleo, llegando a no poder comprar o alquilar un piso. Así pues, para la clase trabajadora, al menos para un amplio y creciente sector de la misma, nosotros reclamamos más estabilidad laboral y mejores salarios, y esto se traduce en mejorar su capacidad de consumo.

3.- La crisis actual.

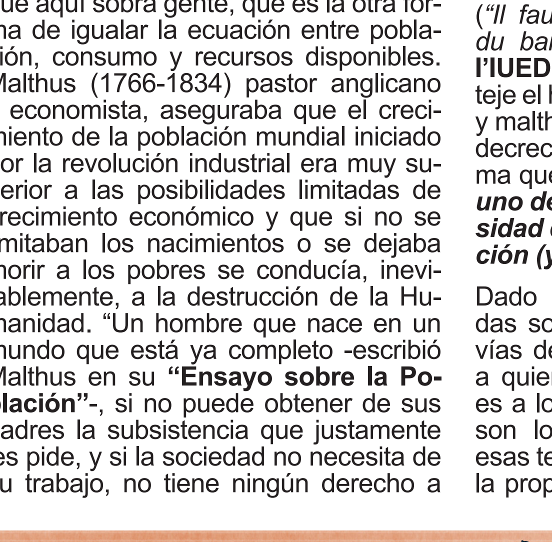
Hay otro peligro del argumento de que ***"vivimos por encima de nuestras posibilidades"***, y es que facilita la versión de la ideología dominante de la crisis actual, una crisis que sólo ellos y la lógica del propio capitalismo han provocado, pero de la que nos quieren hacer responsables. Nos explican que la crisis arranca de las hipotecas subprime: que los bancos prestaron a trabajadores pobres para comprar viviendas –unos trabajadores que querían vivir ***"por encima de sus posibilidades"***- y que el error de la banca fue prestarles. Ahora, para explicar las medidas que descargan la crisis sobre los trabajadores (despidos, recortes del salario directo e indirecto) explican también que hemos vivido ***"por encima de nuestras posibilidades"*** y ahora toca apretarnos el cinturón.

No fueron los trabajadores/as pobres los que provocaron esta enorme crisis. Lo que ocurre es que el modo de producción capitalista genera por sí mismo una contradicción que al final se vuelve irresoluble. Marx la llamó tendencia a la crisis de sobreproducción o de sobreacumulación de capitales. El responsable no es el consumo excesivo por parte de la población, sino la incapacidad del capital de reproducirse manteniendo una tasa de beneficio, porque para mantenerla, mientras con una mano aumenta la producción, con la otra hunde la capacidad de consumo de la población trabajadora.

El problema no es que vivamos por encima de nuestras posibilidades, sino que hay un aumento de las desigualdades que se vuelve monstruoso: entre países, entre clases, e incluso entre sectores de una misma clase.

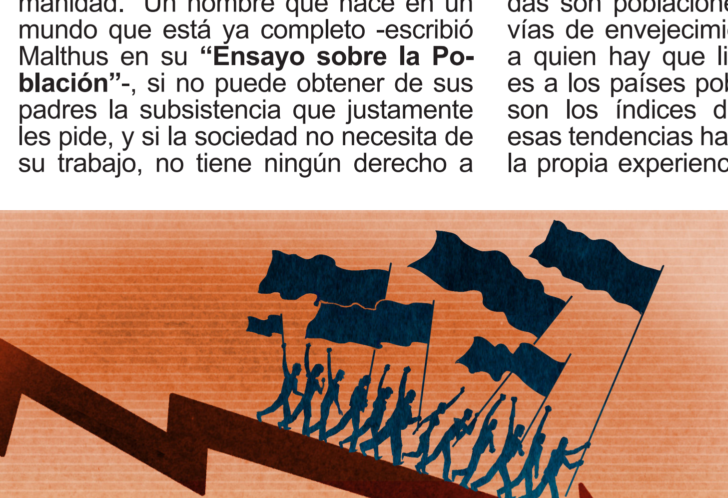
4.- La huella ecológica y el agotamiento de recursos.

Pero aun no hemos contestado al otro gran argumento que justifica el decrecentismo, la ***"huella ecológica"*** de una determinada población, que viene definida como ***"el cálculo de la cantidad***



de agua y tierra requerida de forma continua para producir todos los bienes consumidos y para asimilar todos los residuos de una población” **(5)**. Si los 6.800 millones de personas del mundo tuvieran el nivel de vida de la clase media de EE.UU. se precisarían 5, 6 o 7 tierras para asegurar su consumo, según diversos autores. En otras palabras que no hay tierra (energía, agua, materia prima…) para tanta gente, al ritmo de consumo de los países desarrollados.

En efecto, los estudios sobre hidrocarburos y el cenit del petróleo, o sobre algunos importantes minerales básicos de procesos productivos, indican que estos recursos se agotarán. Sin embargo hay mucha disparidad cuando se precisan las fechas límite y el rendimiento de extracción a costes no excesivos. Pero ciertamente el capitalismo y su sistema de producción nos llevan al desastre, en esto estamos completamente de acuerdo. Carlos Taibo define la situación: ***“… nos movemos - si así se quiere- en un barco que se encamina directamente hacia un acantilado, lo único que hemos hecho en los últimos años ha sido reducir un poco la velocidad sin modificar, en cambio, el rumbo”*** **(6)**. Las diferencias se manifiestan de nuevo en el qué hacer ante esta situación.



Los decrecentistas ponen el acento en hacer decrecer la producción como tarea prioritaria, para algunos como tarea única. Pero esos esfuerzos no modifican tampoco el rumbo del barco, quizás sólo frenen su velocidad. Para nosotros la tarea es tomar el control del barco de manos de los monopolios y el imperialismo, así pues se trata de organizar la rebelión, la revolución que les impida seguir conduciendo el mundo hacia el desastre, a la barbarie.

En los años treinta nuestros abuelos, en la guerra civil, respondieron a otra grave crisis capitalista (la del 29 y la Gran Depresión) iniciando una revolución, tomando las fábricas y poniéndolas al servicio de las necesidades de los y las trabajadoras, y estudiando este proceso decidieron multitud de medidas de reconversión, integración de empresas… al servicio de las clases populares.

Ése es el camino. Es imposible pensar que con el capitalismo vamos a detener el proceso de destrucción de la naturaleza, que tiene una dimensión planetaria y global. Hay que integrar en la lucha de clases la denuncia de los desastres ecológicos, la defensa del medio, como un elemento más para combatir el capitalismo.

5.- Decrecimiento y nuevo malthusianismo.

Pero si no ponemos en el centro acabar con el capitalismo, la afirmación de que no hay recursos suficientes para tanta gente porque lleva a la destrucción del planeta, conduce necesariamente a un nuevo malthusianismo, en el sentido de que aquí sobra gente, que es la otra forma de igualar la ecuación entre población, consumo y recursos disponibles. Malthus (1766-1834) pastor anglicano y economista, aseguraba que el crecimiento de la población mundial iniciado por la revolución industrial era muy superior a las posibilidades limitadas de crecimiento económico y que si no se limitaban los nacimientos o se dejaba morir a los pobres se conducía, inevitablemente, a la destrucción de la Humanidad. “Un hombre que nace en un mundo que está ya completo -escribió Malthus en su **“Ensayo sobre la Población”**-, si no puede obtener de sus padres la subsistencia que justamente les pide, y si la sociedad no necesita de su trabajo, no tiene ningún derecho a reclamar la más mínima porción de alimento y, de hecho, está de más. En el gran banquete de la naturaleza, no existe un cubierto para él”.

Pero no hace falta que las ideas malthusianas se formulen de esa forma. Cansados estamos de escucharlas para justificar leyes de extranjería: que aquí no cabemos todos y que hay que impedir la entrada de inmigrantes… aunque en sus países se mueran de hambre. Los decrecentistas, lo formulen abiertamente o no, terminan llegando a posiciones malthusianas. De un lado, en cuanto se plantea el decrecimiento simplemente como remedio a la ***“huella ecológica”***, se condena como mucho a la supervivencia a poblaciones enteras, como Raúl García-Durán ***“Se trata de que esos países se puedan desarrollar como ellos quieran, siempre que sea para satisfacer sus auténticas necesidades, que como dice otro de los economistas de un país empobrecido, el chileno Max Neff, son: afecto, creación, entendimiento, identidad, libertad, ocio, participación, protección y subsistencia, y no para el crecimiento de sus satisfactores o bienes materiales con que intentamos materializar su satisfacción, los cuales muchas veces van contra la satisfacción real”***.

Pero aún y así, esto es insuficiente pues la población tiende a crecer. Sin hacer escarnio de títulos como el del artículo del referente del decrecentismo, Serge Latouche, de que ***“Hay que tirar al niño antes que el agua de la bañera”*** (*“Il faut jeter le bébé plutôt que l’eau du bain”* **Les Nouveaux Cahiers de l’IUED**, 14, publicado 06/2003), quien teje el hilo lógico que une decrecentismo y malthusianismo es otro de los teóricos decrecentistas, Ivan Illich, cuando afirma que ***“La honestidad obliga a cada uno de nosotros a reconocer la necesidad de una limitación de la procreación (y) del consumo”***.

Dado que las sociedades desarrolladas son poblaciones envejecidas o en vías de envejecimiento, está claro que a quien hay que limitar la procreación es a los países pobres donde mayores son los índices de natalidad. Contra esas tendencias hay que responder que la propia experiencia demuestra que el mejor ***“control de natalidad”*** es la mejora de las condiciones de vida que permita no necesitar del hijo/a para sobrevivir.

Esto ocurrió en el estado español. Eran costumbre, hace poco más de cincuenta años, las familias con muchos hijos/as especialmente en el campo, no por deporte, aunque ciertamente la ideología oficial y la iglesia lo promocionaban, sino porque el hijo era un instrumento de sustento en los trabajos del campo. Lo mismo ocurre hoy en la mayor parte de países semicoloniales: son los hijos los que ayudan a sobrevivir. En la medida en que esa necesidad se acaba, la limitación se produce de forma natural. En los países más desarrollados de Europa, esta tendencia se estabilizó aún antes que en el estado español.

6.- ¿El carro delante de los bueyes?

Escribe Taibo: ***“Hablando en plata, lo primero que las sociedades opulentas deben tomar en consideración es la conveniencia de cerrar -o al menos de reducir sensiblemente la actividad correspondiente- muchos de los complejos fabriles hoy existentes. Estamos pensando, cómo no, en la industria militar, en la automovilística, en la de la aviación o en buena parte de la de la construcción...”*** –la cita sigue y la seguiremos analizando en el apartado del sindicalismo.

Antes de hablar de cuánto hay que producir o dejar de producir para satisfa-

cer las necesidades sociales, hay que discutir en manos de quién está la producción, quién decide qué producimos y para quién. En el marco actual ni siquiera se puede definir cómo reorientar la producción, qué parte es superflua y producto de los medios de la publicidad capitalista. No se conoce en cuánto se reducirían las necesidades energéticas y en cuanto aumentaría su eficiencia si los recursos destinados hoy a la industria de armamento y a su investigación se destinaran íntegramente a la industria civil. Para empezar, como señala el propio Taibo, los instrumentos oficiales de medida de la riqueza en términos del PIB o de la renta son engañosos, porque en el capitalismo no se mide la riqueza o la producción en relación a las necesidades de la población, sino que se establece una contabilidad de la compra-venta de mercancías.

Alguien puede pensar que no importa el orden de estos dos factores: acabar con el capitalismo y comenzar una reestructuración de la producción, pero el orden de los factores sí altera el producto, pues la mayor parte de las medidas que ponen por delante la reducción de nuestra capacidad de consumo y la aceptación del cierre de fábricas, reducción de sueldos… en esta época de crisis, coinciden con planteamientos que hace la propia patronal para mantener el sistema capitalista y suponen una depauperación a las clases populares. Hasta que no sean los trabajadores mismos quienes controlen y decidan sobre la producción no apoyaremos la reducción de la capacidad de producción destinada al consumo. Obviamente eso no quiere decir que determinados sectores puedan ser reconvertidos en su producción, acercándola a las necesidades sociales y ambientales para asegurar la continuidad de los puestos de trabajo.

7.- ¿Dos alternativas al sistema?

Latouche, referente indiscutido del decrecimiento, lo define como una ***“revolución cultural que lleva una refundación de la política”*** lo cual implica ***“pasar de consumidores esclavos a ciudadanos responsables”*** **(7)**. Con este criterio, es lógico que la gran mayoría de las propuestas para decrecer sean pautas de conducta individuales: sobriedad, austeridad, no consumo, reevaluar (revisar los valores), reconceptualizar términos como riqueza y pobreza, reestructurar, relocalizar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar. Más que acabar con el capitalismo, la propuesta de la mayor parte de los decrecentistas es construir una realidad paralela, con menos trabajo, más local y autosuficiente, en la que –como dice Luis González- de forma voluntaria debemos ***“autolimitarnos con un modelo de vida más austero”*** **(8)**.

Por el contrario, como en los años 30, de lo que estamos hablando nosotros es de un cambio sustancial de la distribución de la riqueza y de poner su control en manos de los trabajadores, antes de decidir si esa riqueza es excesiva o no. Estamos hablando de la necesidad de una revolución que continúe la tarea iniciada hace 70 años.

8.- Volviendo atrás la rueda de la historia.

Entre quienes apoyan el decrecimiento hay corrientes muy variadas. Para unos se trata de regresar a economías de subsistencia, sin lavadoras, ni neveras, ni coches, cultivando uno mismo su huerto y atendiendo sus necesidades básicas…, pero sin llegar a ese extremo, la tendencia a la autarquía económica es recurrente en casi todas. Taibo explica ***“la rotunda primacía de lo local sobre lo global en un escenario marcado, en suma, por la sobriedad y la simplicidad voluntaria”*** **(9)** como un medio de regresar a la tierra, reducir el gasto energético del transporte… Con el objetivo, como define Luís González, de ***“una tendencia paulatina hacia la autosuficiencia desde lo local.”***

Nosotros veríamos ese repliegue para limitar la vida y los medios de producción y consumo al ámbito local, como un repliegue de la historia hacia varios siglos atrás. Para nosotros el problema no está en acabar con el comercio mundial para así ahorrar en transporte, sino en que la internacionalización de la economía en manos del capitalismo fue utilizada para obtener el máximo beneficio sin importar las consecuencias (hambre, desertización,…), y supone la expoliación de pueblos y su sometimiento a los planes imperialistas.



¿PÁJAROS MUERTOS POR UNA MAREA NEGRA? NO, PÁJAROS DESCUARTIZADOS POR TURBINAS DEL PARQUE EÓLICO MARINO

La discusión está en el modo de producción. Si el objetivo del sistema productivo se dirige a la satisfacción de las necesidades y respeta a los pueblos por igual, en un sano internacionalismo de clase, es un elemento muy progresivo. Desde esa perspectiva no son negativos el intercambio, la posibilidad de aprovechar las mejores condiciones de producción, de compartir los recursos del planeta que se dan en unas zonas y en otras no, así como el contacto entre pueblos, que necesariamente lleva aparejado un gasto de energía en transporte. Esa forma de encarar la sustitución del sistema capitalista por otro que acabe con el expolio imperialista de los pueblos, debe permitir inmediatamente que éstos recuperen sus tierras fértiles (hoy destinadas a monocultivos para la exportación) y sus recursos naturales, poniéndolos al servicio, en primer lugar, de satisfacer sus propias necesidades, sin que ello sea contradictorio con que se produzcan excedentes para intercambiar con otros pueblos en régimen de igualdad. Este planteamiento actuará por sí mismo como un reductor de las necesidades de transporte actuales. Del mismo modo, será desde la propiedad colectiva de los medios de producción y las relaciones de igualdad entre los pueblos desde donde se podrá decidir si determinados procesos productivos es más económico mantenerlos concentrados, aunque comporte gastos de transporte, o si la técnica actual permite descentralizarlos y acercarlos a los consumidores.

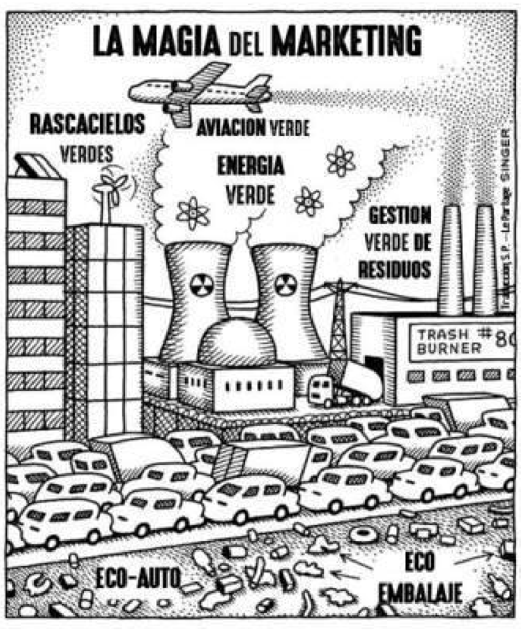
No siempre la producción en pequeña escala es energéticamente más eficiente. Hablando de los países semicoloniales vemos más claramente este aspecto de retorno al pasado. Taibo, recurriendo a Latouche para formular su programa para los países semicoloniales, contiene buena parte de esa añoranza: ***"romper con la dependencia económica y cultural con respecto del norte; reanudar el hilo de una historia interrumpida por la colonización, el desarrollo y la globalización, reencontrar la propia identidad, reapropiar ésta, recuperar las técnicas y los saberes tradicionales, conseguir el reembolso de la deuda ecológica y restituir el honor perdido."***

Compartimos la ruptura con la dependencia imperialista que permita reencontrar la propia identidad y el honor perdido -aunque no sabemos quién perdió más el honor en el proceso colonial. Pero falta un elemento decisivo. ¿Por qué recuperar sólo las técnicas y los saberes tradicionales? En todo caso si estamos contra el monopolio de la técnica y del saber en manos de las multinacionales lo que hay que hacer es poner a disposición de los pueblos el conocimiento y la técnica actuales para hacerlas universales. Lo que, por otro lado, sería retornar una deuda histórica, puesto que los logros de las multinacionales no son sino producto del expolio. Expropiar estos conocimientos y ponerlos al servicio de los pueblos y nacionalizar los recursos supondría de por sí una racionalización productiva.

Y serán estos pueblos los que libremente elijan qué saberes de la técnica tradicional y de la actual ponen en práctica, del mismo modo que serán ellos quienes decidan su desarrollo y fijen sus necesidades. Luchamos contra la explotación y opresión inherentes al modo de producción capitalista, pero esa lucha no impide reconocer el enorme desarrollo de las fuerzas productivas que éste ha permitido. La solución no pasa por el retorno al pasado, sino por aprovechar sus mejores desarrollos y ponerlos al servicio de un nuevo modo de producción que responda planificadamente a las necesidades y las limitaciones.

9. ¿Quién decide la lista?

Luis González Reyes, de **Ecologistas En Acción**, nos lleva a la siguiente identificación: ***"una sociedad sostenible será aquella que cubra las necesidades (reales, no ficticias) de toda la población presente y futura mediante una relación armónica con el entorno." ¿Quien se atribuye la potestad de definir qué es una necesidad real y qué una necesidad ficticia? No nos corresponde a los del "norte"***, en función de nuestra experiencia o sobre los criterios de lo que es útil y lo que es superfluo, ser quienes vayamos a dictar las formas y los límites del desarrollo de otros. Este mecanismo ya lo hemos vivido con otras expresiones, por ejemplo cuando, desde las ONG's del llamado ***"norte"***, se dictaba qué necesidades debían ser cubiertas, con qué prioridades o cómo se debían comportar… en el Sur.



Dado, además, que en muchos artículos aparecen atisbos de lista, mucho nos tememos que sean esos teóricos decrecentistas quienes vayan a completarla para decir a unos y otros cuáles han de ser sus necesidades reales,… no sabemos si nos lo dirán por internet, por TV o por paloma mensajera.

10. Sindicalismo y decrecimiento.

Cuando las teorías se bajan a la práctica es cuando se pueden apreciar en su verdadera dimensión. Taibo –en la cita iniciada en el apartado 6- habla con claridad de que hay que aceptar ***"la conveniencia de cerrar -o al menos de reducir sensiblemente la actividad correspondiente- muchos de los complejos fabriles hoy existentes. Estamos pensando, cómo no, en la industria militar, en la automovilística, en la de la aviación o en buena parte de la de la construcción."*** También afirma que hay que tener una política para la recolocación de los despedidos en otros sectores y que ***"Importa subrayar que en este caso la reducción de la jornada laboral bien podría llevar aparejadas, por qué no, reducciones salariales, siempre y cuando éstas, claro, no lo fueran en provecho de los beneficios empresariales."***

No estamos hablando aquí sólo para el sindicalismo en las grandes empresas de la automoción como SEAT o Wolskvagen, sino también para el de los cientos de empresas pequeñas y medianas que están en el sector y son subsidiarias de las grandes marcas. En estos últimos años hemos vivido una ofensiva de destrucción de empleo y cierre de fábricas, de exigencia de reducciones drásticas de sueldos con el chantaje de nuevos despidos. Esto ha tenido en muchos casos su concreción en EREs.

¿Cuál es la lógica que propone el decrecimiento ante esa situación? ¿Habrá que aceptar los EREs patronales asociados a reducción de la producción o cierres de fábricas, porque el fin está del todo justificado aunque las motivaciones puedan ser distintas? En el marco de la empresa capitalista, ¿cómo se pueden aceptar reducciones de sueldo (aunque estén asociadas a reducción de tiempo de trabajo) sin que la parte del sueldo que el trabajador deja de percibir quede en manos del empresario?

11. Socialismo o Barbarie

Marx escribía en **El Capital** que el capitalismo ***"agota al mismo tiempo las dos fuentes de donde brota toda riqueza: la tierra y el trabajador"***. Y ese agotamiento, unido a las crisis de sobreproducción inherentes al sistema, le llevaba a definir una disyuntiva que no es ***"decrecimiento o crecimiento"***, sino socialismo o barbarie.

Efectivamente, el capitalismo nos empuja al abismo. Es más, está echando al abismo a millones de personas que mueren por hambre, enfermedades y en condiciones de miseria extrema. No basta con empezar a construir un mundo paralelo basado en el decrecimiento, porque el mundo es único y o nos hundimos o nos salvamos todos y todas.

Socialismo es poner el control del po-

der político y económico en manos de la mayoría trabajadora, permitir racionalizar la producción planificando, decidir colectivamente las prioridades.

Un sistema económico basado en la igualdad y respeto entre pueblos. No negamos el avance que permite integrar las distintas economías –las aportaciones de todos los trabajadores/ as- , los descubrimientos científico-técnicos, en el marco de un sistema económico mundial, al servicio de las necesidades de la población y respetuoso con el medio. Las sociedades y la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas (la humanidad, la naturaleza, la técnica), junto a la lucha de clases, han sido el motor de la historia. Nosotros no creemos que esa historia se haya acabado. Mejorar las condiciones de vida de los trabajadores/ as del mundo exige un enorme desarrollo de la técnica para permitir cubrir las necesidades con el mínimo tiempo de trabajo y con la menor huella ecológica posibles, con el objetivo último de que cada uno pueda consumir según sus necesidades.

A más tiempo que pervive el capitalismo mayor es el sufrimiento de los trabajadores y capas populares, más cerca estamos de grandes catástrofes ecológicas. Por eso es urgente la tarea de acabar con este sistema económico y levantar en su lugar otro nuevo. El punto más débil que tenemos los trabajadores/as para lograr ese objetivo es la debilidad de las organizaciones políticas y sindicales revolucionarias, que no se contentan sólo con frenar la velocidad del barco sino que quieren cambiar el curso. Es por ello que en la lucha contra la crisis, los cierres y los despidos, los recortes salariales y de servicios sociales, las teorías del decrecimiento desarman ideológicamente la resistencia obrera y sindical y alteran las prioridades y los objetivos necesarios para concentrar todos los esfuerzos en deshacernos cuanto antes del capitalismo.

Notas

(1) Carlos Taibo. Profesor de Ciencias políticas de la UNAM. *"Doce preguntas sobre el decrecimiento"* **Libre Pensamiento** n. 61. Primavera 2009.

(2) Raúl García-Durán. Profesor de Economía Aplicada de la UAB. *"A favor del decrecimiento"*.

(3) Luís González. Miembro de Ecologistas en Acción. *"La práctica del decrecimiento"*. **Libre Pensamiento** n. 61. Primavera 2009.

(4) Carlos Taibo, obra citada.

(5) Meadows D.H. –Meadows W. –Randus J.: ***"Más allá de los límites del crecimiento"*** Aguilar 1993. Citado por Raúl García en el artículo mencionado.

(6) Carlos Taibo, obra citada.

(7) S. Latouche: ***"Petit tractat del decreixement seré"*** Institut del Territori 2008.

(8) Luís González, obra citada.

(9) Carlos Taibo, obra citada

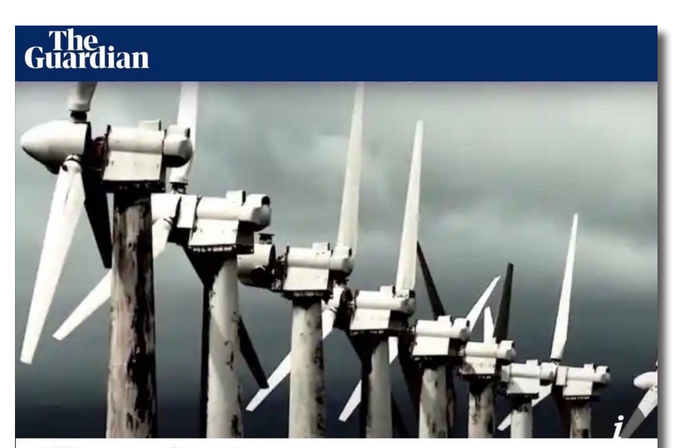
Crítica del documental "Planet of the Humans"

Antonio Turiel

Hace unos días comenzó a distribuirse un documental llamado ***"Planet of the Humans"*** (*"Planeta de los humanos"*, **PotH** en lo que sigue). Tuve acceso a una copia de este documental antes de que la distribuidora decidiera difundirlo por YouTube, y antes de la polémica que ha acompañado a este trabajo, pero lo dejé en una carpeta de *"Cosas pendientes de ver"*, esperando a que mi carga de trabajo se aliviara un poco y a acabar la serie de posts en la que estoy inmerso en este momento antes de plantearme hacer una reseña de **PotH**.

Sin embargo, la polémica que antes he mencionado ha crecido en los últimos días, y muchas personas me han pedido repetidamente que hiciera un análisis crítico de este documental. Así que al final ayer me quedé viéndolo de madrugada para poder hacer hoy esta reseña, y en eso estamos.

El documental en sí tiene virtudes y tiene vicios. Considerando la importancia del tema que se trata, y que intenta difundir un mensaje importante pero complejo y que puede ser fácilmente malinterpretado, creo que al autor le ha faltado tener algún punto de vista adicional a la hora de plantear su trabajo. Se nota demasiado que el trabajo gira en torno a las obsesiones de Jeff Gibbs, el autor, y sobre todo se nota su angustia, su desesperanza, delante de las duras realidades de la transición renovable, que creo que legítimamente él no conocía y que cuando las ha conocido le han dejado en un estado de shock que alimenta su desesperación y posiblemente un cierto resentimiento.


The Guardian

Climate change

Climate experts call for 'dangerous' Michael Moore film to be taken down

Planet of the Humans, which takes aim at the green movement, is 'full of misinformation', says one online library

Llamadas a la censura del documental de Michael Moore en el periódico progre británico The Guardian

Desesperación y resentimiento que hacen que a veces pinte con una brocha demasiado gruesa cuestiones que en realidad requerían un tratamiento más equilibrado, y que con repetida facilidad levante el dedo acusador contra todo y contra todos, inclusive contra gente que no se merece en absoluto que meta en la misma categoría que la de los jetas que obviamente están aquí por el negocio sin ningún tipo de escrúpulos ni preocupación por el medio ambiente. Creo que esa falta de objetividad y esa amargura hacen que un trabajo que podría haber sido muy útil quede muy menoscabado, y al tiempo lo convierte en blanco fácil de críticas que podían haberse neutralizado si simplemente el Sr. Gibbs hubiera matizado mejor algunas de las cosas que dice.

En los círculos en los que me muevo he oído varias veces que este documental es una basura y que no merece la pena ni criticarlo, porque se le da una relevancia que no tiene. Sin embargo, yo no estoy en absoluto de acuerdo con esta visión. Yo veo un documental con muchas deficiencias y algunos sesgos, es cierto, pero sin embargo plantea una serie de cuestiones que son completamente pertinentes, y lanza unas acusaciones que, tanto si nos gusta como si no, son ciertas. El trabajo es deficiente, es cierto, pero ha puesto en evidencia un problema gravísimo.

El documental gira en torno a tres ideas clave:

- Lo que se está vendiendo como energía verde no es verde en absoluto. De hecho, en muchos casos tienen unos impactos ambientales horrorosos.
- Se está exagerando el potencial real de las energías renovables, y se está camuflando de la peor manera muchas de las limitaciones que estas fuentes tienen.
- Y, lo peor de todo, existen grandes intereses económicos que están fomentando este modelo de transición renovable completamente falseado y que lo único que va a conseguir es agravar los problemas ambientales que tenemos.

Yo estoy completamente de acuerdo con esas tres ideas; son cuestiones que hemos discutido en numerosas ocasiones en este blog (les dejo un *índice* a los posts más importantes sobre este tema, más otro sobre los *biocombustibles*).

Se ha dicho repetidamente que los datos que **PotH** da son erróneos, pero sin concretar demasiado qué de todo lo que dice no es correcto y sin ponerlo en perspectiva de todas las otras cosas que dice que sí que son verdad. De hecho, la primera mitad del documental es esencialmente una colección de testimonios sobre todo de expertos, que explican hechos reales y bien conocidos, hechos que son factualmente correctos y que acreditan correctamente las tres ideas que indico más arriba. En la segunda parte del documental, Jeff Gibbs se deja llevar y se dedica exponer sus conclusiones sobre la industria de la biomasa, avaladas por algunos datos dispersos y testimonios personales. Es aquí que levanta con demasiado frecuencia ese dedo acusador que comentaba antes y comete en demasía una *falacia de extensión*, al atribuir una causalidad a hechos simplemente coincidentes. Es particularmente cruel atacando al conocido ambientalista Bill McKibben, presentando sesgadamente vídeos antiguos que parecen demostrar su apoyo incondicional al uso de biomasa forestal, cuando, como *comenta el propio McKibben en una réplica*, él hace años que se ha posicionado en contra cuando comprendió su error. Este sectarismo de Jeff Gibbs se comprende precisamente por su pasado de activista ambiental: el indisimulable sentimiento de horror y desamparo en el que le ha dejado darse cuenta la horrible farsa de lo que se está etiquetando como renovable hace que ataque a todos de manera un poco indiscriminada.

Del mismo modo y por idénticos motivos, se extralimita a la hora de deducir contubernios y confabulaciones entre las diferentes asociaciones, individuos y empresas. Es una lástima, porque Gibbs expone muchos negocios turbios e inconfesables de individuos y organizaciones que dicen tener conciencia ambiental, y muestra claramente como se está utilizando la etiqueta *"verde"* para referirse a fuentes de energía y actividades que tienen en realidad un alto coste ambiental y que generan un gran destrozo. De hecho, lo que se evidencia en todo el documental es que la sociedad industrial es extractivista y su modus operandi, es igual qué sistema energético pretenda usar, tiene un impacto ambiental desmesurado y que a la larga nos va a condenar a todos; y encima hay unos cuantos vivales que están pretendiendo hacer negocio con ello.

Justamente, el documental acaba con un cierto sentimiento de desesperanza, de derrota. La conclusión final es que nuestra única opción de supervivencia es pilotar un fuerte descenso energético, reducir drásticamente nuestro consumo energético y material, para poder vivir en el seno de los límites de planeta; Gibbs pone explícitamente en evidencia que no tiene sentido mantener un sistema económico creciente en un planeta finito. Todo lo cual es cierto.

Se ha dicho también que el documental hace un flaco favor a la lucha contra el cambio climático, llegándose incluso a sugerir que su autor es negacionista o que está dándoles a los negacionistas una munición que mejor se hubiera guardado. Sin embargo, aunque se menciona poco, queda claro que para Gibbs el cambio climático es un problema grave y real sobre el que hace falta actuar ya; de ahí justamente viene su desesperación al comprobar que la idea que se ha vendido desde hace décadas (***"la transición hacia las energías verdes"***) es en realidad una engañifa con la que los grandes poderes económicos de siempre pretenden enriquecerse más mientras le acaban de dar la puntilla a nuestro planeta. Por eso, bastante avanzado el documental, una de las escenas clave consiste en preguntas que Gibbs realizó a jóvenes y no tan jóvenes participantes en manifestaciones en contra del cambio climático, para ver en las respuestas de esos activistas ilusionados cómo de equivocados están sobre la realidad de la presuntamente verde transición. Es obvio que Gibbs reconoce a su yo de hace unos años en esas personas, es evidente que quisiera gritarles para sacarles de su error, para mostrarles que por ese camino seguimos yendo al abismo. Cuando se llega a ese momento del documental, el espectador se da cuenta de cómo de equivocada está toda esa gente; más aún, el propio espectador puede reconocerse a sí mismo en esos argumentos y así darse cuenta de cómo de equivocado estaba antes de comenzar a ver PotH. Por eso, esa escena es el momento culmen del documental, porque explica claramente por qué Gibbs ha querido grabar **PotH**.

Un tema que se toca con demasiada ligereza es el de la superpoblación. La forma de encararlo es la típica de los hombres blancos occidentales, en la que se pone el énfasis en que somos muchos antes que ponerlo en el exceso de consumo que hay en ciertas partes del mundo. Aunque obviamente la población del planeta tiene que estabilizarse en un número adecuado para que pueda mantenerse por medios sostenibles, y que ese número seguramente es inferior a la población actual, es en este momento mucho más crítica la cuestión del consumo, justamente porque ese consumo es tremendamente desigual según las regiones del planeta.

Por terminar mi crítica, se tiene que tener en cuenta que este documental está claramente pensado desde una óptica estadounidense y para un público estadounidense. Muchos argumentos son poco elaborados comparados con los que se suelen usar en la discusión pública en Europa. Por ejemplo, aquí poca gente pensará que la instalación de una planta foto-

voltaica o de un parque eólico implica cero emisiones de CO2; cuando esos temas se discuten aquí, generalmente lo que se discute es cuál es el balance total de CO2 durante la vida útil de las diversas instalaciones y que por tanto se debe seleccionar aquellas menos intensas en carbono. En **PotH** parecen quedarse en estado de shock cuando descubren que algunas instalaciones renovables tienen como respaldo centrales térmicas de gas, o que las centrales térmicas de carbón han sido sustituidas por centrales térmicas de gas (seguramente de ciclo combinado), cuando aquí estas cuestiones son discutidas públicamente sin demasiados traumas y entendiendo que el objetivo es disminuir las emisiones, sin pensarse que mágicamente van a desaparecer por completo. Las escenas de los conciertos al aire libre que teóricamente se nutren de energía solar pero que en realidad tienen grupos electrógenos de respaldo son un poco infantiles vistas desde aquí.

Quedarían por comentar muchos detalles técnicos que son más o menos discutibles (o directamente completamente erróneos), pero tampoco he querido centrarme en ellos para no convertir esta crítica en una pedante discusión académica, porque en lo esencial el mensaje de Gibbs es correcto y transmite el problema real, resumido en las tres ideas que enuncié más arriba.

Por resumir, ***"Planet of the Humans"*** es un documental irregular pero interesante, que trae a colación una cuestión fundamental: no todo vale en la lucha contra la degradación ambiental en general, y contra el cambio climático en particular. A pesar de sus deficiencias, **PotH** demuestra que lo que se está vendiendo como ***"transición ecológica"*** está muy lejos de ser tal cosa y en realidad está dirigido por inconfesables intereses económicos y corporativos que nos van a precipitar en el abismo de nuestro colapso ecológico - es decir, todo lo contrario de lo que deberíamos hacer. Aquéllos que ahora se rasgan las vestiduras con **PotH** harían mejor en promover un debate en el que todos estos temas de discutan seriamente y en el que se propongan alternativas reales delante de los graves y acuciantes problemas que tenemos.

El imperialismo verde

Juan Manuel Olarieta

La ecología es una ciencia de la que muy pocos han leído alguna vez algún manual, pero el ecologismo se ha instalado en nuestro subconsciente haciendo de cada uno de nosotros un partisano, un militante en favor de la ecología y de la defensa del medio ambiente. ¿Cómo podemos defender algo que ignoramos? ¿Qué estamos defendiendo exactamente?

Para responder a estas preguntas hay que recorrer los 40 años de ideología ecologista: no de la ciencia de la ecología, que es más antigua, sino del movimiento verde. ¿Por qué nace el ecologismo como movimiento? ¿Quién lo crea?

Siempre ha habido movimientos ecologistas, pero antes tenían un alcance local, estaban ligados al paisaje inmediato, al disfrute de las peculiaridades locales, a la defensa de lo autóctono. Sin embargo, hoy el ecologismo es un movimiento marcadamente internacional e internacionalista, que desborda no sólo el ámbito de lo local sino incluso el marco de un Estado concreto. Crear un movimiento con una cierta homogeneidad a escala mundial no es una tarea nada fácil; requiere poderosos medios que sólo están a disposición de los grandes monopolios internacionales. El movimiento ecologista, pues, es una creación del imperialismo en defensa de la hegemonía de las grandes potencias. Más allá de las variaciones peculiares de cada grupo verde en concreto, lo que hoy les identifica es participar de esa ideología difundida por el imperialismo a partir de la década de los setenta del siglo pasado.

En aquellos años el movimiento de descolonización estaba en su apogeo y el imperialismo, después de décadas de guerras infructuosas para impedirlo, tuvo que acabar por resignarse: los pueblos del Tercer Mundo acabarían independizándose. Pero eso no era lo peor: cabía sospechar que, además, esas nuevas naciones querrían desarrollarse, salir del estado de postración en las que el imperialismo las había mantenido. El desarrollo económico era la materia de moda en las facultades de economía hasta aquel momento; hoy es un tema tabú. Ante una pretensión que hoy calificaríamos despectivamente como "desarrollista", las potencias hegemónicas promovieron un movimiento de oposición sobre la base de que en el planeta no hay sitio para que todos los países escapen de la miseria, es decir, para que los países del Tercer Mundo dejen de ser los terceros.

El ecologismo nace, pues, como una ideología que fomenta el subdesarrollo, como un intento de mantener a aquellos países jóvenes como lo que siempre habían sido: reservas de materias primas y de mano de obra barata para las grandes potencias. Había que oficializar la creación de esos parques bajo la forma de lo que se llamó "reservas de la naturaleza" o de la biosfera, como ya habían logrado en Estados Unidos con las poblaciones indígenas. Conocidas organizaciones como WWF (World Wildlife Forum) fueron creadas por el imperialismo para convertir a los países del Tercer Mundo en un destino turístico para disfrutar de la vida salvaje en su estado prístino, con sus montañas, sus lagos, sus elefantes y sus inocentes pobladores, que nos llevan las mochilas a cuestas y nos sirven de sherpas en nuestros apasionantes safaris, en los que participamos con la inmensa inocencia de un momento pleno en comunión perfecta con el ambiente local.

El núcleo de la falacia ecologista es que vivimos en un planeta finito y cerrado en el que no hay sitio para todos, sobre todo si "todos" pretenden vivir tan estupendamente como en los países más desarrollados. Según los propagandistas del imperialismo eso es materialmente imposible. A partir de este equívoco que, pese a su falsedad, parece de sentido común, se abren dos líneas divergentes que también están en la esencia de los diversos movimientos ambientalistas. Uno de ellos es la teoría de la explosión demográfica, según la cual hay un exceso absoluto de población en el mundo, pero especialmente en el Tercero, justificando de ese modo las guerras, las esterilizaciones y demás políticas antinatalistas puestas en práctica desde la posguerra que, por lo demás, son las mismas que ya puso en práctica Estados Unidos con su propia población autóctona.

El segundo son las distintas catástrofes planetarias con las que amenazan a la humanidad a cada paso, extraídas del Evangelio de San Mateo: "El sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar, las estrellas caerán del cielo y los astros se conmoverán" (versículos 24,29). En términos modernistas, el apocalipsis bíblico se ha convertido en esa doble tesis según la cual al mismo tiempo que la población aumenta los recursos se agotan. El panorama es, pues, aún más alarmante, si cabe.

LA CULPA ES DEL TERCER MUNDO

En la economía burguesa esa tesis adopta la forma de ley del decrecimiento y, también ahí la evidencia es tan clara, está tan introducida en nuestro subconsciente, a fuerza de repetición, que es falsa. Por ejemplo, un tópico señala que el consumo de petróleo aumenta cada día pero las reservas de combustible se agotan o se agotarán indudablemente. La culpa es de los países del Tercer Mundo, como India y China, que tienen la absurda pretensión de escapar del destino que le tenían preparado las grandes potencias y en sus faraónicos proyectos de desarrollo industrial demandan demasiados hidrocarburos, lo cual tiene, además, el inconveniente añadido de que el destrozo de la naturaleza crecerá exponencialmente: más desarrollo eco-

nómico significa más contaminación y más desastres ambientales.

Estamos abducidos por una ideología lineal e inexorable de la decadencia según la cual la naturaleza, como la misma sociedad, marcha hacia una hecatombe segura. La ley del decrecimiento nació a principios del siglo XIX dentro de la economía burguesa pero su éxito lo obtuvo medio siglo después cuando Rudolf Clausius lo incorporó a la física. ¿Cómo podemos poner en duda una ley de la termodinámica? Sólo Engels se atrevió, pero no fue suficiente para que la ideología dominante diera un giro completo a lo que desde la Grecia antigua había sido el hilo conductor del pensamiento occidental, a saber, que el universo marcha del caos al cosmos. Por el contrario, hoy se ha generalizado la absurda teoría de que el universo marcha justamente en la dirección opuesta, hacia el caos, siguiendo indudables leyes que son a la vez físicas, ecológicas y económicas.

A través de la teoría del caos, el decrecimiento y las catástrofes de diverso tipo, el imperialismo transmite una concepción lúgubre en la cual la naturaleza es hermosa pero la humanidad es una especie despreciable. El progreso no ha existido ni existirá jamás. Desde su mismo origen la humanidad lo único que ha logrado es destrozar el entorno. Odiemos, pues, al hombre pero respetemos los ecosistemas silvestres. Aunque muera, el ser humano no importa porque hay mucha abundancia y cualquier desaparición de seres humanos es un alivio; lo importante es que se conserven las demás especies tal cual las conocemos ahora. La humanidad ha demostrado una brutalidad ecocida y exterminadora; acabará con la biodiversidad convirtiendo al planeta en un desierto estéril. Es preferible que se acabe el hombre antes que la naturaleza.

Para transmitir su tenebrosa ideología, el imperialismo ha dispuesto de poderosos tentáculos, alguno de los cuales los ha levantado para no dejar rastro de quiénes son los verdaderos autores de esta patraña. Así, a través de una serie de tinglados burocráticos, la ONU se ha convertido en el portavoz más autorizado de los riesgos ambientales que acechan a la humanidad, entre ellas la superpoblación, el calentamiento, la biodiversidad, la polución, etc. Pero quizá nada ha disimulado mejor que la constelación de movimientos verdes la verdadera naturaleza de clase de la ideología ambientalista. Por su permeabilidad intelectual, la pequeña burguesía ha servido de correa de transmisión para que una ideología imperialista arraigue entre las masas explotadas del mundo entero. Sus ademanes alternativos nos han acercado unos mensajes catastrofistas hasta el punto de lograr intimar con ellos, hacerlos nuestros, convertirlos en parte de nuestra protesta. Los rojos nos hemos pintado de verde o, por lo menos, somos rojiverdes. Es la señal de que no nos hemos quedado anclados en una antigüedad remota, en el viejo movimiento obrero del siglo XIX: somos ecosocialistas, no queremos un socialismo con malos humos, como sucedió con los planes desarrollistas de la Unión Soviética.

Eso es lo que creemos de nosotros mismos; quizá seamos ecologistas pero lo cierto es que no defendemos ni el socialismo ni la ecología. Nos hemos convertido en vasallos del imperialismo. También aquí nos han dado gato por liebre, nos han ganado la partida. Lo peor de todo es que eso nos llena de satisfacción: aún podemos ir de safari al Tercer Mundo. El paraíso no está en el socialismo, como habíamos imaginado, sino en el Serengueti.

Las implicaciones financieras del capitalismo verde o el green new deal visto por las élites

Cada cierto tiempo las noticias nos muestran a valerosos jóvenes liderados por Greta Thunberg de Suecia (16 años) o Jamie Margolin de Estados Unidos (17 años) activando la creación de movimientos ecologistas como, ***Extinction Rebellion***, ***ThisIsZeroHour***, ***La Cruzada Ecológica de los Niños***. Acompañando a estos movimientos la joven diputada demócrata estadounidense, Alexandria Ocasio-Cortez, ha lanzado la idea de un **Green New Deal** que priorice la descarbonización para limitar al ***"capitalismo anticuado"***.

De manera coincidente, la Presidente de la Unión Europea, Úrsula von der Leyen, ha atacado las nuevas Rutas de la Seda de China (que irónicamente representan un verdadero *New Deal* para el Siglo XXI) diciendo que ***"algunos están comprando influencia mediante inversiones en puertos y carreteras … pero nosotros construiremos el camino europeo"***.

¿Cual es el ***«camino europeo»*** de Frau Von der Leyen? No son precisamente los planes de desarrollo de Charles De Gaulle o Konrad Adenauer, que promovieron el crecimiento industrial sino un **Green New Deal**. En un reciente 17 de Julio Von der Leyen ha declarado: ***"¡Quiero que Europa se convierta en el primer continente libre de CO2 del mundo para 2050! Presentaré un Green New Deal para Europa en mis primeros 100 días en el cargo..."***. ¿De que nos habla la presidente del Consejo Europeo cuando anuncia un Nuevo Acuerdo Verde?

Para entender este repentino interés por la economía verde es menester seguir los pasos de ciertos ***"ilustres europeos"*** que se mueven sigilosamente detrás de las iniciativas de jóvenes bien intencionados (y quizás ingenuos) como Thunberg, Margolin y Ocasio-Cortez .



Ilustración: Etten Carvallo

Bonos Verdes y aristocracia

Si levantamos el telón, aparecerán en escena personajes como el Príncipe Carlos de Inglaterra, que recientemente reunió a los gobernantes de los 18 países de la Commonwealth para exaltar la aprobación de una legislación ***"contra la emergencia climática"*** en los parlamentos del Reino Unido y Canadá. Al final de la reunión, Charles dijo: ***«tenemos 18 meses para salvar al mundo del cambio climático»*** y solicitó ***"aumentar la cantidad de financiamiento del sector privado para un desarrollo sostenible"***. Muy poco después llegó un decreto real que autorizaba al Banco de Inglaterra, a los Bancos de Rothschild y a la City of London a crear ***«instrumentos financieros verdes»*** destinados a que ***«los fondos de pensiones y los fondos mutuos inviertan en proyectos verdes"***; proyectos en los que nadie, con un mínimo de cordura, invertiría voluntariamente.

El escenario se ilumina aún más cuando se hace público el poco conocido indicar económico ESGI (índice ecológico, social y de gobernanza) que da una contundente señal de

alerta a la Banca Internacional: el índice ha caído al 51% , los datos incluyen a la banca alemana y el Deutsche Bank, que estaría a punto de estallar.

La respuesta ante una probable catástrofe financiera no se ha hecho esperar: los principales bancos de Occidente anuncian que esperan movilizar más de 6.5 billones de euros para mejorar el comportamiento de los indicadores financieros. En realidad se trata de la creación de los ***«bonos verdes»*** como uno de los nuevos mecanismos que están implementado las naciones transatlánticas para rescatar a su banca, que de nuevo está a punto de quebrar. Estamos ante un hecho irrebatible: es necesario un rescate que apuntale a los ***"bancos demasiados grandes para caer"***, porque tienen entre manos una ***"burbuja caliente de derivados"*** por 1.2 billones dólares , esperando por explotar.

Entre los programas para volver a salvar a la Banca están los mencionados ***"bonos verdes"*** que se utilizarán entre otras ***"sutilezas"*** para saquear billones (de dólares y de euros) de los fondos de pensiones y de los fondos mutuos. La maniobra parece perfecta: antes que un propietario de un bono verde pueda llegar a cobrarlo probablemente se encuentre bajo tierra hace mucho tiempo.

El hombre de Goldman Sachs

Mark Carney, el ex hombre de Goldman Sachs que ahora dirige el Banco de Inglaterra se ha propuesto implementar los más rápido posible las recomendaciones del Nuevo Libro Blanco del Reino Unido: ***"Estrategia financiera Verde: transformando las finanzas para un futuro más verde"***. Este *"Libro Blanco"* (publicado en Julio de 2019) propone ***«consolidar la posición del Reino Unido como Centro Global para las Finanzas Verdes y posicionarlo a la cabeza de la innovación financiera verde, de datos y de análisis digitales … para conseguir este objetivo el sistema financiero tiene el respaldo de instituciones que representan $ 118 trillones de activos a nivel mundial»***. Un grupo de trabajo dirigida por el propio Mark Carney creó en 2016 la ***"Iniciativa de Finanzas Verdes"*** que ahora es el vehículo principal para desviar los flujos internacionales de capital hacia las tecnologías verdes.

El antiguo empleador de Carney, el gigante Goldman Sachs, también ha fundado un ***"índice para inversiones virtuosas"*** que incluye nuevos medidores de sostenibilidad para promover grandes inversiones en infraestructura verde llamados CDP Environment EW y CDP Eurozone EW. Detrás estos acrónimos hay un grupo de expertos financistas que motivaron la creación de los índices CDP para que: ***«unas finanzas sostenibles permitirán a los mercados financieros desempeñar un papel virtuoso en la economía»***.

En medio de esta repentina ***"reconversión verde de la Banca"*** el movimiento ***Extinction Rebellion*** se empieza a llenar de extraños asesores , uno de ello es Alex Evans, coautor del documento ***"Tendencias globales para transformar el mundo"*** del Consejo Nacional de Inteligencia de los Estados Unidos. Otros dos son: Farhana Yamin y Sam Gaell, conocidos agentes del departamento de la inteligencia británica *"Chatham House"* (Institución Contralora del Consejo de Relaciones Exteriores).

¿Teoría de la conspiración?

El defensor del diablo nos rebate: ¿Porque recelar de todo el mundo? ¿Porque siempre estáis viendo a la CIA por todas partes? ¿Porque sospechar de los bancos centrales y de los administradores de fondos de cobertura si estos se empiezan a preocupar por el planeta? ¿Porque no pensar que están tratando de modificar nuestro comportamiento para salvar el medio ambiente? ¿ No es mejor que una élite ilustrada transforme la economía mundial para que consumamos menos? Después de todo, la humanidad es una máquina egoísta y glotona que genera contaminación.

Si esta línea de pensamiento se acerca a lo que está pensado, entonces lo lamento: le han lavado el cerebro. Por supuesto, el mundo se ha convertido al ***"culto al consumo"*** Es cierto que el capital está enterrando cualquier idea de progreso duradero para obtener ganancias en el corto plazo y, por supuesto, necesitamos una cambio radical del sistema. Thunberg y los *Green New Dealers* no están equivocados en estas cuestiones. Es correcto pensar así y sus acciones son bienvenidas. Atacar a las estructuras de poder de un ***"capitalismo anticuado"*** es siempre algo bueno y justo … pero si creemos que vamos reducir la huella de carbono mediante molinos de viento y con la ayuda del gran capital financiero nos estamos una vez más auto-engañando. Quizás, esta nueva generación de jóvenes ecologistas debería hacerse preguntas de este tipo: ¿Porqué importantes *"condotieros"* de la banca se han sumado a la promoción del **Green New Deal**? ¿Es suficiente cambiar el capitalismo anticuado por un nuevo capitalismo?¿El capitalismo verde es la solución?

¿Podrá el capitalismo verde salvar a la humanidad?

Quienes están detrás de ***«un gran nuevo diseño verde»*** (desde el estudio **Los Límites del Crecimiento** del ***Club de Roma*** de 1970) saben que fuentes de energía verde de ***«baja densidad»*** no pondrá fin a la destrucción capitalista del planeta. Aristócratas como el Príncipe Philip Mountbatten y el Príncipe Bernhardt que participaron de la fundación del Club Bilderberg también co-fundaron el "Club 1001 Nature Trust" junto con otros multimillonarios para financiar el ***"movimiento ambientalista mundial"***. Los aristócratas que ahora se presentan como ***"reformadores de la humanidad"*** nunca se han preocupado por el medio ambiente. El Príncipe Carlos y el Príncipe Bernhardt matan en un safari más especies en peligro de extinción, que todos los mosquitos que una persona común llegue a matar insectos a lo largo de toda la vida .

Los grandes señores del exclusivo mundo de las finanzas que aparecen como desinteresados filántropos lo único que están pensando es salvar sus fabulosas ganancias Los aristócratas y los oligarcas simplemente están tratando de salvar los privilegios de un modelo de organización de la producción que justifica las guerras, el hambre, la pobreza y que está destruyendo sin remordimiento las más diversas formas de vida. Entre sus argumentos que debaten a ***«sotto voce»*** (pero que cualquiera que quiera escucharlos los pueden escuchar) está el aumento exponencial de la población. La aristocracia y la oligarquía es partidaria de Malthus porque ***"los seres humanos nos hemos transformado en un cáncer en el regazo de la madre Gaia"***.

La banqueros y los poderosos de Occidente siempre en la historia se han movido con una falta casi absoluta de principios éticos y esta vez ya han empezado a apoyar una suerte de proto-fascismo eugenésico para defender sus privilegios. Entonces, si usted no está de acuerdo con la idea que nosotros los seres humanos somos un cáncer para el planeta usted debería apoyar un verdadero ***New Deal*** que termine con el capitalismo, sea de color verde o de cualquier otro color.